

Juana Salabert
La regla del oro

Alianza Editorial

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juana Salabert, 2015

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; telef. 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-005-7

Depósito legal: M. 5.416-2015

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A Luisa Fernanda Garrido, amiga entrañable e
intérprete de muchos mundos.*

*Y a la memoria inmensa de Ana María Matute, cuyo
cariño y amistad siempre serán para mí regalo y don de vida.*

26 de diciembre 2012

Los contenedores frente a su portal rebosaban de vidrio y cartones, cada vez se espaciaban más las recogidas por culpa de los continuos recortes, oh, perdón, *ajustes*, se corrigió con una mueca de repugnancia. Maldiciéndose por no haber sacado el reciclado la noche anterior, enfiló hacia la siguiente esquina. Los cascos de botellas tintineaban dentro de la bolsa de plástico y la rígida caja de pastelería de renombre se le clavaba en el costado. Era una mañana húmeda y desapacible y lamentó no llevar bufanda.

Tuvo que recorrer tres manzanas hasta encontrar otros dos contenedores a medio llenar.

Dejó su carga en la acera con un suspiro de alivio y echó un vistazo al reloj antes de disponerse a desarmar el voluminoso envase de la tarta de chocolate que los niños y su suegro reclamaban siempre de postre navideño. A veces sentía dentro de sí curiosos impulsos de rebelión y fantaseaba con tajantes cambios de menú y escapadas durante esas fechas a islas remotas sin atronadores villancicos en inglés ni Papás Noeles colga-

dos de las fachadas cual fantoches. Aunque quizá no existiesen ya tales lugares, tal vez incluso en el más perdido rincón del mundo fosforecieran los renos de plástico y repicasen campanillas al ritmo cansino y electrónico del *Merry Christmas*, se dijo. Eran las siete y cuarto y deseaba volver enseguida al calor de su piso, donde, con suerte, nadie se habría despertado aún.

Atacó la tapa del embalaje y escuchó el zureo. Había palomas, cuánto le disgustaban aquellas aves sucias y torpes, entre los dos contenedores. Se agolpaban entremedias del estrecho hueco, revoloteando sobre un gran bulto cubierto por una especie de funda de tintorería.

«Pero qué falta de...»

Una ráfaga de aire le arremolinó el pelo sobre los ojos y agitó el bolsón de plástico oscuro, izándolo por un extremo.

Parpadeó molesta, agachó la cabeza y entonces lo vio, con aquel cartel plastificado sujeto a la altura del pecho. Vio los ojos vítreos, el rictus agónico de una boca vieja y fina, matojos canos y ásperos que recordaban al espumillón y entreveraban la anchura desproporcionada del cráneo.

Y el tajo, sobre todo el tajo, ese horrible tajo pardo en la garganta casi enteramente seccionada.

Las cuatro o cinco palomas alzaron ruidosas el vuelo, ahuyentadas por su alarido.

Seguía gritando cuando dos clientes y un camarero del bar La Remesa salieron del local, la aferraron por los codos y se la llevaron en vilo adentro, donde la sentaron a una mesa con platillos de churros aún intactos y una pata mal calzada con improvisado taco de servilletas. «¡Tila!», ordenó alguien a gritos desde el fondo de la barra tras anular el sonido de un televisor

gigante, y otra voz añadió: «está conmocionada, sé lo que me digo, soy enfermera aquí al lado, en el centro Goya». Al oírla, los demás se apartaron un poco, deferentes. Hablaban entre susurros mientras observaban a la sanitaria tomarle el pulso a la mujer que calló de golpe y ahora miraba fijo ante sí, con las pupilas muy dilatadas y el aire de estupor de los desmemoriados de años. Algunos habían salido del bar de paredes festoneadas por guirnaldas rojas y verdes e iluminado abeto artificial en un rincón y se apiñaban alrededor del par de contenedores. Miraban a hurtadillas y con curiosidad amedrentada al degollado, su rostro, moteado de manchas de vejez, enfrentado al pesado cielo de diciembre.

A las siete y veinticinco, el encargado, un hombre fornido de tez rubicunda y dedos amarilleados por el tabaco, llamó a la policía.

Aún no caía aguanieve cuando los dos coches zetas se detuvieron junto al corrillo de curiosos.

* * *

PRIMERA PARTE

«Con un níquel antes de medianoche se compra el mañana...».

JOHN DOS PASSOS, *Manhattan Transfer*

«[...] se percibía la descomposición mental, la pesadilla áurea y voluptuosa de una ciudad ebria de su oro y sus pasiones».

ÉMILE ZOLA, *La jauría*

I

—Alarde.

La voz llegaba distorsionada, era como si alguien susurrara a través de una floja mordaza, y subió el volumen del móvil reprimiendo un bostezo de cansancio. La noche anterior se había acostado muy tarde, regresó a casa de madrugada tras la cena anual con los amigos de su primer club de montaña. Sí, ahora escuchaba con plena claridad a su interlocutor, que le refería algo acerca de la crisis de histeria de una mujer al descubrir el cadáver. «Es el tercero», puntualizó el desconocido.

—¿Qué tercero?

—Inspector Alarde, ¿está dormido o es que aún le dura la resaca de Nochebuena? Soy Ordóñez y acabo de decirle...

—Tenía el móvil casi en silencio —lo interrumpió, avergonzado. ¿Quién diablos era Ordóñez? No conseguía ponerle cara, aunque le sonaba vagamente su acento.

—El tercer «comprooro» asesinado en menos de un trimestre. Usted lleva el caso, ¿no? Pues atienda y no me haga repetir las cosas, que dentro de diez minutos entro en una reu-

nión de Jefatura. El tipo se llama Fabián Domínguez Rota y ha aparecido degollado entre dos contenedores de la calle Ibiza, muy cerca del Retiro. Le graparon encima el mismo regalito que a los otros dos, una hoja plastificada donde se le acusa de «usurero y etc.», en fin, ya conoce el texto. La patrulla localizó de inmediato a una hija, me dicen que acaba de reconocer el cadáver en el depósito. De la autopsia va a encargarse Vallejo, mala suerte, porque creo que ustedes no se llevan lo que se dice muy bien, ¿verdad?

Gruñó una evasiva y el tal Ordóñez soltó una irritante risita mordaz. Dos años atrás, ese forense y él se habían enzarzado en una sonada pelea por un asunto de extravío de pruebas que lo tuvo enredado durante cerca de dos meses con los de Asuntos Internos hasta que consiguió demostrar que el error, subsanado por otra parte a los pocos días del incidente lamentable, no era responsabilidad suya, pese a las iniciales insinuaciones de Vallejo. El rencor perduraba entre ambos, que prescindían de los saludos y se limitaban a los monosílabos. «Que le den a ese engreído», masculló.

—¿Decía algo, inspector? ¿No? Bien, mejor así, no hay tiempo que perder en zarandajas. Yo, al menos, no lo tengo. Le envió al móvil todos los datos y fotos disponibles, el DNI escaneado del muerto y también el de la mujer que se lo encontró hará cosa de una hora. Páseme a mí su primer informe, recuerde que el comisario Méndez no se reincorpora hasta después de Reyes.

Ordóñez era el sustituto en funciones del comisario del grupo VI de Homicidios, claro, pero apenas si lo había entrevistado antes de tomarse los pocos días libres de «asuntos pro-

pios» que le quedaban, acuciado por los rumores que hablaban de su inminente desaparición en ese fin de año de eliminada paga extra navideña y amenazadores avisos de nuevos recortes.

Se olvidó por completo de Vallejo y sus pueriles corbatas de fantasía bajo el batín médico de corte impecable al divisar el carnet del asesinado en la pantalla de su *tableta*. Fabián Domínguez Rota, nacido en Zaragoza el 21 de julio de 1941, hijo de Felipe y de María Encarnación, con domicilio en el número 15 de la calle Duque de Sesto.

El degollado tenía, tuvo, se corrigió al segundo, las mismas señas que Berta Caro, quien lo había invitado a cenar en su casa en Nochevieja. «Habrá menos gente que el año pasado», le explicó su amiga días antes por teléfono, y él creyó detectar en su voz cierto matiz de inquietud y un desaliento que lo sorprendió; Berta poseía un envidiable dominio de sí y era raro que dejase traslucir ni el más mínimo de sus cambios de humor. Tampoco ella, criminalista y psicóloga judicial, cobró la extra de ese mes, pero David, su tímido marido francés, tenía un buen puesto en una multinacional farmacológica. Otros estaban peor, mucho peor que ellos dos, atenazados por el miedo al despido y a las deudas. «Valiente consuelo, a ver si vamos a terminar dando gracias por tener agua corriente en las casas», pensó.

Marcó el número de Berta, antes incluso de llamar a los de la Científica, mientras se enfundaba el abrigo y se reprochaba no haberse acordado tampoco esa mañana de coser el botón caído de la solapa, a ese paso terminaría haciéndolo en primavera, justo antes de guardarlo al fondo de un armario. Dentro de una funda barata, como la que recubrió al viejo arrojado como un

fardo entre dos contenedores municipales de reciclaje de vidrio y papel. Con el acusador mensaje de turno dejado encima por su asesino: «Muerte al usurero. Al ladrón de quilates de oro y viduas. La venganza está y seguirá servida». Los dos anteriores, descubiertos el primero a las puertas de un polideportivo de San Blas y el segundo en un aparcamiento junto al intercambiador de la avenida de América, exhibieron idéntico cartel, prendido a una misma funda de tintorería común o bazar chino del Todo a Cien reconvertido al Euro. Al de San Blas, Cosme Benítez, lo apuñalaron por la espalda, y a Duarte Balaguer, un antiguo tasador con antecedentes juveniles de poca monta, le clavaron sin pericia alguna un destornillador en la nuca.

—Hola, ¿estás en casa?

—No, en plaza de Castilla, acabo de terminar una pericial horrorosa sobre un tipejo que obligaba a prostituirse a su hija de diecisiete años, figúrate. Han fijado la vista para el once de enero. Pero me voy ya mismo, he llamado a un taxi. Estoy para el arrastre, tuve turno en el juzgado de guardia hace unos días y pienso meterme en la cama de cabeza. Ojalá las niñas me dejen dormir un par de horas. Mira, mejor hablamos esta tarde, te llamo nada más comer.

—¿Conocías a un vecino tuyo de escalera llamado Fabián Domínguez Rota?

—¿Conocías?

A Berta no se le escapaba un detalle, pero en ocasiones lo irritaba su evasiva costumbre de responder con preguntas.

—Bueno, espero que no fueseis grandes amigos o algo así, porque éste ya no se toma las uvas de entrada al tenebroso 2013. Del ramo de los «comprooro», por lo visto.

—Joder, ¿me estás hablando del joyero, de *Cabezudo*?

—¿*Cabezudo*?

—Bueno, ése es su mote, sí. Así lo llama todo el mundo, por lo menos a sus espaldas. Fue el casero de Javier Mendizábal hasta que se compró el piso de enfrente, un golpe de suerte de cara a la mudanza, teniendo en cuenta las dimensiones de su biblioteca. ¿Qué le ha pasado al viejo truhán, alguien le provocó un infarto falseándole los datos acerca de la cotización del oro en Londres?

—Peor. Descansa un rato, luego paso a verte y te cuento.

No parecía tenerle excesivo afecto, pensó aliviado al ganar la calle de aceras resbaladizas y clamor de cláxones. Una mansa aguanieve entorpecía el tráfico, pero aminoraba el frío. El viento de primera hora había amainado hasta casi desaparecer y agradeció la quietud de aguafuerte de los árboles desnudos en alcorques de día en día más mínimos. *Cabezudo*, dijo en voz alta. Y, ciertamente, la seccionada cabeza se le figuraba anómalamente grande en las hirientes fotos que su pulgar deslizaba veloz por la pantalla del móvil.

Le dejaría los honores de la primera visita al Anatómico Forense (¿por qué no se le ocurriría a nadie «recortar» para siempre de su plantilla al imbécil insidioso de Vallejo?) a su compañero Castro, decidió mientras le enviaba un mensaje al respecto.

Milagros Iriondo, la mujer que encontró el cadáver, vivía muy cerca del negocio de joyería y compraventa de oro del muerto. Llamó a su casa y una cascada voz masculina le informó, desaprobatoria, de que su nuera estaba «traumatizada por lo ocurrido». Acababan de darle un sedante suave, ¿sería mu-

cho pedir que no se la obligase a acudir a declarar hasta pasadas unas horas? «Aquí pagamos nuestros impuestos, agente, y no es plato de gusto que». Colgó, poco dispuesto a escuchar la diatriba del previsible jubilado, y se encaminó hacia una boca de metro. Dos estaciones directas, más rápido que sacar la moto del garaje o buscar un taxi. Acudiría primero al local del asesinado, en Jorge Juan semiesquina Narváez, y después a su domicilio.

.....

..

Le sorprendió la modestia casi provinciana del establecimiento, la deslucida brevedad de un escaparate donde se amontonaban sin gracia baratos crucifijos, medallas de plata y algún que otro marco repujado sobre polvorientos retales de tafilete verde. Era notoria la ausencia de rótulos estridentes, característica del pujante ramo de los negocios de compraventa de oro que en los tres últimos años invadieron las aceras de buena parte del centro, junto con sus repartidores de folletos propagandísticos con amarillos cartelones a la espalda. Quizás en el barrio de Salamanca surtiese un efecto indeseado ese tipo de reclamo chillón, se dijo, pero aquel comercio esquinado, con su enseña fronteriza que rezaba «Joyería Domínguez, fundada en 1965», a la que se añadió otra, más reciente y con el consabido «COMPRAMOS SU ORO AL MÁXIMO PRECIO», tenía el aire extemporáneo y vagamente trasnochado de los seriales televisivos de sobremesa.

Algo que casaba mal con las excelentes cámaras de vigilancia del interior y el cristal blindado de su zona de tasación y compraventa, comprobó de un vistazo nada más entrar. Había un agente dentro, que lo saludó con evidente alivio, junto a dos mujeres. Una de ellas, una chica muy joven de uñas remordidas y coleta tirante, se hallaba sentada en el viejo mostrador de castaño de la parte que daba a Jorge Juan. La otra, de lentes colgados al cuello, moño rígido y exacerbada delgadez, la observaba con manifiesto desagrado.

—Francamente, Lorena, tus modales...

—Pero si «él» no va a volver.

La del cabello cardado y edad que parecía haber sobrepasado con creces incluso la de la jubilación «aconsejada» por los mandarines de Bruselas respingó, airada.

—Rogaría un mínimo de respeto en estas circunstancias.

—Inspector Alarde —cortó, con la mano extendida.

La mayor lo escrutó con sagacidad de perista y se la estrechó al cabo de unos segundos. Tenía unos dedos sorprendentemente fríos y sin ningún anillo. Resultaban menos gélidos, sin embargo, que sus ojos un poco hinchados. ¿Habría llorado al saber la noticia de boca de los patrulleros?

—Pura Carrión Postigo. Soy la secretaria del señor Domínguez. *Era* su secretaria.

Los ojos se le oscurecieron al recalcarlo y por un instante él creyó discernir en su mirada una extraña petulancia.

Se giró hacia la joven, que saltó del mostrador y le inquirió con inquietud repentina:

—Oiga, no irán a cerrar esto, ¿verdad? Quiero decir, ¿qué pasará con mi trabajo a partir de ahora?

Meneó la cabeza con estudiada bonhomía.

—Tiempo al tiempo. ¿Dónde podemos sentarnos a charlar tranquilamente, señoras?

—Señoritas —corrigió fríamente la secretaria.

Lo hicieron pasar a un despacho en la trastienda. Muebles pesados y de barniz oscuro, un calendario del Sagrado Corazón y la enmarcada fotografía en blanco y negro de una mujer de busto prominente y boca severa sobre el ordenador de mesa y un anticuado juego de balanzas. La copiada ampliación de un retrato antiguo, supuso. Pura Carrión siguió su mirada y aclaró:

—La madre de don Fabián. Yo no llegué a conocerla, murió siendo él todavía un muchacho. Le tenía gran devoción, siempre la mencionaba con mucho respeto.

—¿Aquí trabajaba el señor Domínguez Rota?

La chica se encogió de hombros.

—Él trabaja en todas partes. Está, estaba en todas partes. Y nunca lo sentías llegar. Estaba muy ágil para lo vie..., bueno, para lo mayor que era.

—Un hombre de temperamento inquieto... Activo. ¿Tal vez un poco demasiado controlador?

A Lorena Blanco se le escapó una inoportuna risa y su compañera de ordeno y mando y gesto de pocos amigos la fulminó con la vista.

—Será mejor que sea *yo* quien se ocupe de informar al inspector, Lorena. A fin de cuentas, llevo aquí más de cuarenta años y de ellos tres décadas y pico como encargada. Tú, en cambio, no cumples ni los siete meses de antigüedad en este empleo.

Había un deje amonestador en sus palabras y la joven dependiente se limitó a asentir tras un musitado «claro, doña Pura» y a retraerse después, incómoda, en la silla ridículamente baja que su jefa le indicó al entrar con ademán conminatorio.

—Recapitulemos —mandó aquel dragón adusto de metro sesenta escaso de estatura y tobillos de jilguero sobre unos tacones de aguja disparatadamente altos.

Tenían las suelas rojas, observó sorprendido. Como las de los lujosos Louboutin, que según descubrió hacía poco en un suplemento dominical costaban una fortuna. ¿Serían auténti-

cos los calzados por esa secretaria, de ropa por lo demás común y corriente de grandes almacenes?

A las ocho y media en punto de esa jornada de horror, ella había abierto el negocio como llevaba haciéndolo todas las mañanas de su vida desde los tiempos de fortuna en que a nadie se le ocurría pasearse por las calles con aretes en las narices e indumentarias de polichinelas, resopló. Estuvo repasando facturas hasta las nueve menos cuarto, hora habitual, «más o menos habitual», apostilló enseguida, de llegada de la *nueva* dependienta. El «patrón» (pronunció el desusado término con singular deleite) nunca demoraba su entrada más allá de las nueve, pero ella misma le tenía programada a las diez una cita con el director de una sucursal bancaria de Conde de Peñalver, de modo que en ningún caso lo aguardaba antes de las once. O de las doce, si aprovechaba, como le insinuó la tarde anterior, para dar a continuación uno de los dos paseos diarios recomendados por su médico; cosas de la tensión, que muy raramente se le disparaba un poco, «era precavido en asuntos de salud, dejó el tabaco y la carne roja hace ya sus buenas quince navidades». Y no, no notó nada extraño en días previos. Ni en la tienda ni en don Fabián, que no parecía en absoluto preocupado, se comportó como de costumbre, como el lince que siempre fue. «Era muy trabajador, casi infatigable. Y tremendamente avisado, a pesar de su aspecto cachazudo» (di mejor *cabezón*, recordó Alarde, y reprimió justo a tiempo un conato de hilaridad). «Ya sabe, las apariencias engañan, no deberíamos fiarnos demasiado de las primeras impresiones. Aunque a él no hubiera podido engañarlo ni el mismísimo Satanás, tiene, tenía una mente privilegiada, de las que no hay dos, por-

que sabía leer las ajenas como, ya conocerá el dicho, en un libro abierto». Y tampoco percibió nada anómalo en la clientela, que era asimismo la de siempre por esas fechas.

—La de siempre —repitió Alarde, con argucias de escolar dándoselas de tonto.

Su mirada lo taladró durante unos segundos. «Te falta mucho, a mí *tampoco* me la da nadie», insinuaban, sin asomo de humor, aquellos ojos de velada displicencia. «Carajo con la buena señora, y el caso es que no debió de estar mal en su momento. De cuidado y más flaca que una escultura de Giacometti, pero bien parecida, a su modo. Tendría su *punto...* un punto de bruja mala de cuento». Seguro que muchos, muchísimos años atrás lo había tenido. Y o no alcanzó a saberlo o no le importó dejarlo ir, perderlo sin remisión.

Absurdamente, se la imaginó recitando de viva voz balances contables frente a un espejo de cuerpo entero. Una vieja antipática y sumida en su particular trance de soberbia que antaño, cuando las beldades eran más carnosas, debió de sobrellevar a duras penas su incomprendida y prematura «buena percha». Volvió la cabeza al toser, para que ella no sorprendiera su repentino estremecimiento.

—¿Podría ser un poco más explícita al respecto?

—No comprendo la pertinencia de semejante pregunta.

—Pues yo sí. No conozco de primera mano la clientela de su jefe, señora, perdón, señorita, así es que describámela. La de «siempre por estas fechas» y la de las otras.

—Bien, estamos en crisis y con una herencia mortal a cuestas, hemos padecido siete años de ineptitud, anarquía y desgobierno, siete años como siete plagas, inspector, pero eso